

***Unforgiven: John K. Walsh, Michael E. Gerli
y mi Breve historia del medievalismo panhispánico (2011)***

Ángel Gómez Moreno
Universidad Complutense

Unforgiven se titula una película dirigida y protagonizada por Clint Eastwood, un *Western* que supuso una inyección de savia fresca en ese género cinematográfico y que, desde su estreno (1982), recibió el aplauso unánime de la crítica y el público. En España, su título fue *Sin perdón*; en Hispanoamérica, *Los imperdonables*. Cualquiera de los tres títulos —sobre todo este último, en razón de su plural— me viene bien para referirme a dos hechos para los que ya no hay arreglo posible: el primero es mi olvido de John (Jack) K. Walsh en la relación de hispanomedievalistas norteamericanos de mi *Breve historia del medievalismo panhispánico (primera tentativa)* (con un apéndice bibliográfico de Álvaro Bustos Táuler), Madrid-Francfort: Iberoamericana-Vervuert (Medievalia Hispánica, 15), 2011; el segundo, la reseña absolutamente malintencionada, sesgada y tendenciosa, que Michael E. Gerli ha escrito de este mismo libro (*Speculum*, 88 [2013], pp. 804-806).

El lapsus, pues de eso se trata, sorprenderá a quienes me conozcan de leídas, ya que el de Walsh es un nombre inexcusable en mis trabajos. A este respecto, mejor que citar esta o aquella página, me limitaré a recordar que la segunda dedicatoria de mis *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de mio Cid a Cervantes)*, Madrid-Francfort: Iberoamericana-Vervuert (Medievalia Hispanica, 11), 2008, suena así: *A la memoria de John K. Walsh, adelantado en el estudio de la materia hagiográfica*. Si algo debe quedar claro es que yo admiraba a Walsh, y no sólo por sus investigaciones sobre la literatura de orígenes: en algún lugar, me he referido también a su sensibilidad y lucidez extremas al analizar la obra de Federico García Lorca.

La sola referencia a Walsh despierta en mí sentimientos de admiración, gratitud y afecto. Pesa, y mucho, el recuerdo de tres breves visitas a su casa de Berkeley, siempre en compañía de Charles Faulhaber, en febrero de 1990 (la memoria, que como vemos suele ser traicionera, me llevaba erróneamente a una primera estancia en California en el verano de 1986). Aunque Walsh se hallaba en la fase final de la enfermedad que acabó con su vida, me trató con la gentileza propia de alguien verdaderamente excepcional; por eso, que su nombre falte en mi libro me desazona como nadie puede hacerse idea. *Mea culpa!*

Es la única crítica de Gerli en que le asiste plenamente la razón; en lo que resta, su reseña se monta sobre un puñado de errores manifiestos, datos de escasa relevancia y un andamiaje argumental que carece de la consistencia necesaria para destruir mi libro e infligirme el castigo que, en su opinión, merezco por este y (creo no equivocarme) por otros escritos. Entre ambos, median diferencias de orden ideológico y metodológico que han ido a más; a pesar de ello, jamás he ocultado sus logros, ya sea al señalar la prefiguración o tipología bíblica como clave poético-exegética en el prólogo de Berceo a sus *Milagros* (algunos llevábamos tiempo diciéndolo, pero él se adelantó a explicar ese principio fundamental) o al incidir en el tono o modulación (*Mood*) de los relatos sentimentales como marca genérica característica. En sentido contrario, su reseña me confirma que a lo más que podía aspirar era a su silencio.

En un panorama que, a pesar de su pequeñez, rebosa en nombres y títulos, en datos y fechas, resulta fácil detectar carencias y silencios, además de los consabidos errores y erratas; sin embargo, ficha tras ficha, compruebo que Gerli ha encontrado dificultades sin

cuento para acometer esta tarea. A sus años y con tanto oficio, no me explico cómo ha podido fracasar en el empeño, de no mediar una memoria olvidadiza, la confusión resultante de una lectura en diagonal o las ganas de cogerme en renuncio, que lo han traicionado al hacerle ver lo que no hay y le han impelido a criticarme sin razón en la mayoría de los casos.

Por ejemplo, cuando aludo a los ya lejanos años en que Berkeley ocupaba una posición hegemónica en el Hispanismo internacional, cito a tres maestros de excepción, no a tres medievalistas. Aunque los tres bajaron al Medievo de forma esporádica, su especialidad primera los llevaba a otros asuntos y periodos (a don Antonio, más asiduo del siglo XVI que de los siglos medios, ya me había referido en las líneas previas):

Unos y otros hablan aún de los años dorados de Berkeley, marcados por los tres “Mo”: Edwin Seth Morby (1909-1985), gran experto en literatura áurea; José Fernández Montesinos (1897-1972), de profunda formación generalista; y Antonio Rodríguez Moñino.

Véase en qué queda exactamente esta pincelada suelta, que Gerli convierte en lo que ni es ni pretende ser: “In his review of Spanish medieval studies at Berkeley, the author inexplicably begins by alluding to Edwin S. Morby (a specialist in seventeenth-century theater), then to Antonio Rodríguez Moñino and a host of other more minor figures.” Sin mi texto delante, uno imagina que he hecho un medievalista del experto en Lope que fue Morby, cuando no hay tal. A la imprecisión, la confusión y el error, se suma el olvido, pues antes he mencionado (por tanto, no tiene sentido el *begins* que leemos en Gerli) a un verdadero gigante, Yakov Malkiel, a quien corresponde un lugar destacado por sus deslumbrantes aportaciones a la Historia de la Lengua y su abnegada labor editorial con los escritos inéditos de María Rosa Lida, su ilustre esposa.

A continuación, me ocupo de Rodríguez Moñino, lo que me lleva a citar a su discípulo Arthur L. F. Askins, lusista y bibliógrafo eminente. Del modo que se expresa Gerli, Askins podría formar parte —y no lo merece en absoluto— de ese grupo de *more minor figures*. Del mismo modo, del silencio con que rodea a Fernández Montesinos se concluye —¡oh sorpresa!— que es otro de los segundones a que aplica tan despectiva alusión. ¿Alcanza también con ella al último de los medievalistas de Berkeley de que hablo en mi libro? Repárese en que se trata nada menos que del sabio y laborioso Charles B. Faulhaber.

Gerli ha escogido la *vituperatio* o invectiva para arremeter contra un libro del que —a la vista salta— tiene la peor de las opiniones. Está en su derecho de manifestarlo por escrito, y con la intensidad y en el tono que más le plazcan. Hay, eso sí, límites que no conviene superar, pues las reseñas dicen tanto o más de quienes las escriben que de los propios libros reseñados. Yo, desde hace tiempo, desestimo la invitación a reseñar un libro si no veo en él algo que merezca la pena. No sólo se trata de no hacer daño sino de mi creencia en el principio de que el número de reseñas de una publicación debe ser directamente proporcional a su calidad o a su interés.

Como mucho, sólo entiendo la reseña-antídoto en el caso de los libros verdaderamente perniciosos, pero no creo que el mío cumpla los requisitos necesarios para caer dentro de esta categoría, pues ni ataca a nadie, ni es semillero de ideas peligrosas, ni induce a error. Si se parte de este punto, lo peor que puede ocurrir en el caso de la reseña o revista de libros es que, para armarse de razones, el crítico desvirtúe los datos por medio de una lectura sesgada o errada, como en el ejemplo que acabamos de ver y en los que veremos de aquí al final. Cuando un libro es malo de verdad, carecen de sentido tales “retoques”, pues las tachas salen por doquier.

Gerli se equivoca de plano al decir que, aunque arranco del siglo XVIII, mi “essential point of departure and main point of reference is Deyermond’s monumental

Historia y crítica de la literatura española, 1: Edad media (1980) and his *Primer suplemento* (1990)". En realidad, hablo de medievalismo desde finales del siglo XVI y, de forma abierta, desde el siglo XVII, pero no es lo que ahora más me importa. Lo sorprendente es que todo sea al revés de como Gerli lo pinta; de hecho, inicialmente había pensado en llegar sólo hasta la Segunda Guerra Mundial para enlazar con el vademécum de Alan Deyermond. El medievalista británico, como todos saben, tomó como referencia 1948, año de publicación de los seminales ensayos de Américo Castro (*La realidad histórica de España*) y Ernst R. Curtius (*Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*) y del formidable hallazgo de Samuel M. Stern (con la edición de un primer cuerpo de jarchas de la serie hebrea).

Si finalmente no respeté ese límite, fue porque no cabía el corte limpio. Los principales afectados eran los grandes maestros del hispanomedievalismo del siglo XX, como el longevo Ramón Menéndez Pidal, que tras la Guerra Civil siguió perfectamente activo, y por mucho tiempo; o como Américo Castro, cuya importantísima fase americana cae enteramente en la Posguerra. Y aprovecho la ocasión para aclarar que, por ellos y otros estudiosos, siempre he sentido admiración y respeto, nunca la *uncritical reverence* que me achaca Gerli. Comparemos, pues procede, mi aproximación a la figura y obra de Menéndez Pidal ("Ramón Menéndez Pidal (1869-1968)", en Jaume Aurell & Francisco Croas, eds., *Rewriting the Middle Ages in the XXth Century* [Turnhout: Brepols, 2005], pp. 69-85) con la de Gerli ("Inventing the Spanish Middle Ages: Ramón Menéndez Pidal, Spanish Cultural History, and Ideology in Philology", *La Corónica*, 30 [2001], pp.111-126) y encontraremos que mi tono es acaso más laudatorio que el suyo; sin embargo, ello no evita que señale los excesos del método pidaliano, de los que, en atención a obras como *Los españoles en la literatura* y *Los españoles en la historia*, ya me había ocupado en los años ochenta.

No había manera de dar un corte en las medianías del siglo XX sin provocar destrozos innecesarios; por ello, determiné referirme a la actualidad e incluso al futuro y sus tendencias, aunque siempre de forma concisa y con trazos gruesos. A ese respecto, aparte de las cinco páginas exactas (113-117) que dedico al "Presente y futuro de la especialidad en Norteamérica" y de "La especialidad en España a día de hoy" (149-160), mi libro adopta un enfoque diacrónico estricto en la práctica totalidad de los capítulos que lo forman. Incluso para referirme al futuro que nos aguarda, arranco de muy lejos, lo que me obliga a respetar la misma perspectiva histórica que impera en el 85-90% de la obra. Y no es de extrañar, pues en mi introito queda claro que lo que hago en mi panorama es Historia de la Historia de la Literatura, en línea con lo que vienen haciendo desde hace tiempo Leonardo Romero Tobar o Aurora Egido, entre otros.

Sólo en ese amago de repaso del presente y futuro del hispanomedievalismo cabe ver algo que recuerde al célebre manual de Alan Deyermond. Y ni siquiera así me quedo a gusto con la comparación. En el pasado hice, sí, algo parecido a *Historia y crítica de la literatura española*: me refiero a la sección de Clerecía de un manual publicado junto a Carlos Alvar, *Historia crítica de la literatura hispánica, 2: La poesía épica y de clerecía medievales*, Madrid: Taurus, 1988. Y debo creer que no me salió del todo mal si hacemos caso a un estudioso de la talla de Julian Weiss (con quien Gerli, por cierto, ha colaborado en alguna ocasión), que califica mi trabajo como un "excellent introductory survey of the corpus" (*The 'mester de clerecía'. Intellectuals and ideologies in Thirteenth-Century Castile* [Londres: Tamesis, 2006], 4).

Para despacharse con tamaña afirmación, Gerli ha tenido que desentenderse del título de mi libro, que lo dice todo sobre la intención que me movió a escribirlo: ofrecer una historia de nuestra especialidad de la que estábamos faltos. Que Gerli no se haya enterado de ello justifica su mudez absoluta respecto de los datos históricos y su interés

exclusivo por los dos apartados indicados y unas pocas páginas sueltas. En conjunto, su reseña se monta sobre no más de 25 o 30 páginas de las cerca de doscientas de que consta un libro de por sí magro; en términos porcentuales, a lo sumo, ha reparado en un 20% de su contenido. Resta decir, y de ello aviso en mi introito, que se trata, precisamente, de aquellas secciones en que mi libro resulta superficial, pues hilvana nombres sin apenas comentario o glosa.

En tan pocas páginas, las nóminas no podían ser más que eso y sólo eso: relaciones que, considerada la magnitud del fenómeno de que me ocupo, quedan en los antípodas de la exhaustividad. Basta recordar que, en los Estados Unidos, hay hispanomedievalistas en buena parte de sus más de tres mil instituciones académicas de enseñanza superior. Por descontado, las listas a que he dado forma son necesariamente acrílicas, pues cualquier comentario sobre cada uno de los estudiosos nombrados, por lacónico que fuese, multiplicaría por diez —eso como poco— el número de páginas inicialmente asignadas. Lo que ofrezco es exactamente lo que adelanto en el introito: es a lo más que podía llegar, considerada la brevedad de mi ensayo. Si hay que ponerle algún pero a mi libro, el principal es, sin duda, que tenga tan pocas páginas.

Alberto Varvaro (*Medioevo Romano*, 36 [2012], pp. 425-427), de hecho, considera imposible trazar una historia del hispanomedievalismo con la minuciosidad y los detalles que importan si no es por medio de un ensayo extenso. En su reseña, los problemas que encuentra en mi libro tienen que ver con el *breve* del título; aparte, Varvaro identifica algunas ausencias y despistes, como haber incluido al italiano Mario Schiff entre los especialistas franceses de inicios del siglo XX, por mucho que se formase junto a M. A. Morel-Fatio en la *École pratique des Hautes Études*. Varvaro no me regala los oídos (a diferencia de las otras cinco reseñas aparecidas hasta la fecha), pero tiene oficio sobrado para echar la llana: “Non voglio dire che il libro non sia utile. Il materiale messo insieme è prezioso, ma resta appunto materiale”. Para esto estaba perfectamente preparado, pues no se me escapaban los riesgos de hacer lo que he hecho y con la brevedad que había de hacerlo. Para lo que ni estaba ni estoy preparado es para soportar ofensas.

En la práctica, silenciar nombres a partir de una fecha resultaba mucho más complejo que citar los de algunos hispanomedievalistas especialmente activos y capaces. Huelga decir que al final opté por esta última fórmula, aunque, consciente de que muchos nombres inexcusables (como el de Charles F. Fraker, en los Estados Unidos, que Gerli señala con razón, aunque no la tenga al decir que he olvidado a James Burke en Canadá) podían escapar al recuerdo, pedí la colaboración del lector iniciado con el fin de hacerles justicia en una futura versión remozada y ampliada de mi libro. Era, también lo digo, mi modesto homenaje a tantos compañeros de oficio, foráneos o nacionales, que han dedicado y dedican su vida al estudio de la cultura panhispánica, por lo mucho que a mí particularmente me han enseñado y por lo beneficiosa que ha sido su contribución para España y los españoles, sobre todo en tiempos difíciles.

Sólo eso pretendía, pues a nada más podía llegar en las secciones por las que se interesa Gerli. ¿Necesito repetir que mi libro atiende, básicamente, al pasado de la especialidad? Así se comprende que sean poquísimos los protagonistas de esta ya larga historia que aún siguen vivos. ¿Cómo, entonces, osa decir que pretendo erigirme en “the current arbiter of Spanish medieval studies”? Nadie que no me lea de un modo torticero concluirá que mi libro persigue determinar el “current state” en los estudios del Medioevo literario español. Así las cosas, sobra su sugerencia: “Gómez Moreno's efforts would have been better spent had he sought to focus on ideas, summarizing them and identifying watersheds and critical trends of scholarship, especially since the beginning of the 1990s”.

Lo que ofrezco es información sobre los orígenes de la especialidad, sobre el curso que ha seguido a lo largo de los tiempos y sobre sus principales actantes (instituciones y

unidades de investigación, escuelas y figuras señeras). Ésa ha sido mi intención, fiado en la idea de que sólo es posible entender el presente si se entiende el pasado, que ofrece las coordenadas necesarias a quienes acaban de aterrizar en el hispanomedievalismo. Esa retrospectiva ayuda a ubicarse y muestra el modo en que las modas y las tendencias, el imaginario colectivo y los fantasmas personales, además de todo tipo de prejuicios, han ido moldeando la Historia de la Literatura con carácter general y los estudios de la Edad Media hispánica en particular.

Así se explica que determinados periodos, géneros, autores y obras hayan recibido atención primordial, mientras, consciente o inconscientemente, otros han sido relegados a los márgenes o han ido derechos al saco del olvido. En las últimas décadas, por ejemplo, nos hemos dado a recuperar muchas de las piezas señaladas o editadas por José Amador de los Ríos en el cuerpo de texto, en las notas y en los apéndices de su monumental *Historia crítica de la literatura española* (1861-1865), luego ignoradas por sucesivas generaciones de estudiosos. También la erudición histórico-filológica del siglo XVIII, a la que ahora atiende Nancy Marino, abunda en ideas y materiales que conviene cosechar. Cuando yo me he dado a esa tarea, las sorpresas han sido continuas y a veces mayúsculas: tal o cual hallazgo, que adjudicábamos a Amador de los Ríos o a la crítica del siglo XX, está ya en los papeles manuscritos de Rafael Floranes o alguno de sus coevos.

Por lo demás, a no ser que cambien mucho mis circunstancias y aún más mi humor, no pienso embarcarme en nada que se parezca al que, cuando algún día vea la luz, será el volumen del as de copas, la tercera entrega de *Historia y crítica de la literatura española* de la editorial Crítica. Por ahora, me conformo con hacer exactamente lo mismo que en mi *Breve panorama* (¿cómo es que Gerli no ha reparado en este significativo detalle?): remitir a las distintas secciones del *Boletín bibliográfico de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, que dan una idea precisa del *state of the art* o *status quaestionis* de nuestra especialidad. Mi libro cumple esta función —y así lo indico—, pero sólo a gran escala, al atender a los centros del hispanomedievalismo internacional, y con el enfoque diacrónico a que vengo haciendo referencia.

Gerli me afea que, al hablar de la Universidad de Zaragoza, no destaque la labor de Alberto Montaner Frutos respecto de la desarrollada por sus dos acompañantes, pero es que se trata de Juan Manuel Cacho Blecua y María Jesús Lacarra: excelente, por tanto, aquél y excelentes, por tanto, éstos. Sobre todo, me echa en cara que, en esta institución, haga dos grupos: el de los medievalistas a tiempo completo y a tiempo parcial. Si así me expreso no es por deformación burocrática o administrativa sino para indicar que el medievalismo ha gozado y aún goza de una salud envidiable en esta institución, en la que varios especialistas en Siglo de Oro se adentran en el Medievo con absoluta maestría y en la que una de las autoridades en literatura romántica, un Leonardo Romero Tobar recién jubilado, es también uno de los grandes expertos en hagiografía medieval. El vigor alcanzado por los estudios de Edad Media en Zaragoza merecía el piropro, aunque, como en el resto de los casos, no baje al detalle.

El caso de Jesús Demetrio Rodríguez Velasco, que aduce para demostrar lo aberrante que resulta mi criterio de agrupación y presentación de los materiales, no presenta mayor dificultad: en primer lugar, lo relaciono con Pedro M. Cátedra por ser discípulo directo suyo; luego, vuelvo a citarlo entre los medievalistas de Berkeley, por haber enseñado en el que ha sido uno de los más potentes focos de nuestra especialidad en Norteamérica; por fin, lo nombro de nuevo en Columbia University, porque es allí donde hoy enseña. Así lo he hecho y no percibo crujido alguno en la cimentación de mi libro. Que a Gerli no le guste es otro cantar. Ahora bien, no creo que ni él ni nadie pueda decir que, en un repaso de la historia del hispanomedievalismo, carezca de sentido ordenar

el conjunto por países, escuelas y maestros. Que me sirva de idéntico criterio en las pocas páginas en que atiendo a nuestros días es algo que, como poco, merece disculpa.

Acabo de dar un primer acuse de recibo a dos de los nombres que Gerli me impone. Acaso habría sido más correcto proponerme que imponerme nada, pero no se lo tomo a mal; es más, le agradezco sus fichas, al tiempo que le invito a reparar en que, si no me he olvidado de James Burke, tampoco se me ha escapado —y ya van dos despistes— el nombre de Ian Macpherson y su labor con los cancioneros cuatrocentistas. Minucias aparte, le sugiero que se replantee lo que dice respecto de mi “deliberate aversion to all the revolutionary, theoretical work”. ¿Seré el carcamal que quiere Gerli? A mí me parece que se confunde en tal juicio, ya que ni soy refractario a la teoría literaria ni, de antemano, soy contrario a nadie ni a nada.

Ya que me veo en la necesidad de explicarme, reconozco que valoro mucho más la contextualización de la obra de arte (visual o literaria) en su propia época (en atención a su teoría literaria y estética, y a su pensamiento con carácter general) que cualquier esfuerzo que se haga para traerla a un *hic et nunc* distante y distinto en todos los órdenes. Entiendo, con todo, que “hay gente *pa’ tó*” y que nadie tiene que justificarse por tirar hacia un lado u otro: nunca faltarán interesados en cada una de esas formulaciones, si es que no en ambas a la vez. Yo, porque creo a pie juntillas en este argumento, dejé que fuese otro quien reseñase su reciente libro *Celestina and the Ends of Desire* (Toronto: University of Toronto Press, 2011). Y, a la vista de lo que él ha hecho con mi libro, creo que acerté en mi decisión.

Al final de su reseña, Gerli se queja de que mi nombre sea el más frecuente en los índices, algo que no debería extrañarle; sin embargo, todo le viene bien para zaherirme. De veras, no entiendo la razón de ser de tamaña hipersensibilidad, ya que, en este caso y otros semejantes, la autocita no supone una muestra de narcisismo académico, simple pavoneo al fin y al cabo. En realidad, si uno se aferra a lo que ha dicho antes es por pura coherencia y convicción, así como por el deseo de construir un discurso trabado, dinámico (en tanto en cuanto cuenta con un recorrido previo) y sin redundancias. Para esto último, fundamentalmente, sirve la autocita, que evita repetir los argumentos aducidos en trabajos anteriores y muestra de dónde se viene y a qué punto se ha llegado; por eso, su uso resulta ineludible en las ciencias experimentales.

En la brevedad de su reseña, Gerli reserva un espacio privilegiado para el sarcasmo: son sólo dos las perlas, pero tiene el detalle de dejarlas para la traca final. Si esperaba un anticlímax y luego un cierre demoledor, sólo tengo una buena ración de lo segundo. La distensión, de hecho, es sólo aparente, pues decir de mi libro que es “pleasing enough as a summer afternoon read” no puede entenderse sino como lo que es en realidad: una chufa. Hasta aquí he aguantado estoicamente, pero mi paciencia se convierte en algo distinto cuando leo su recomendación de que, antes de acometer una futura revisión de mi libro, consulte a mis “knowledgeable colleagues”.

No se me ocurre mayor muestra de desprecio hacia un compañero de oficio. Desde este momento —lo advierto—, me siento legitimado no sólo para defenderme sino para atacar con toda la contundencia que requiera la circunstancia. Me ha pasado como a los soldados de los tercios viejos, cuya abnegación y espíritu de sacrificio no tenían límites; sin embargo, cuando alguien les levantaba la voz, se transformaban en verdaderas fieras, como dice Calderón de la Barca en *El sitio de Breda*:

Todo lo sufren en cualquier asalto;
sólo no sufren que les hablen alto.

A pesar de todo, por ahora refrenaré el golpe. Me limitaré a decir que, si sigo su consejo y preparo una edición revisada y ampliada de mi libro, no será a él a quien me dirija para solventar las dudas que surjan al paso, pues no me fío de quien afirma que *La*

venganza de don Mendo de Muñoz Seca es una comedia de capa y espada del siglo XVII y confunde cierta dignidad o título nobiliario (*barón*) con el macho de la especie humana (*varón*). Como dice el *Libro de Alexandre* (estrofa 1998): “En escrito yaz esto: es cosa verdadera”.